

Las raíces filosóficas de la disposición crítica de Unamuno

Brian Cope
The College of Wooster

“Mi religión” (1907) presenta una declaración de principios intelectuales en la cual Unamuno traza una línea entre aquellos que nutren las creencias recibidas y aquellos que piensan de forma independiente y están dispuestos a cuestionar los dogmas reinantes. Situándose en este último campo, afirma que, a pesar del título del ensayo, no planea profesar ningún credo religioso en específico. Resulta que “Mi religión,” al contrario, describe cómo Unamuno navega la incertidumbre religiosa y asienta los principios rectores de su perspectiva crítica. El presente artículo propone establecer una continuidad entre la filosofía crítica de Unamuno y el escepticismo griego antiguo con el fin de mostrar cómo “Mi religión” hace una contribución modesta, pero original, al pensamiento escéptico en la época moderna.

El vocablo *escéptico* deriva de *sképsis*, que en griego antiguo significa ‘examen, indagación, observación o consideración’. Los practicantes de *sképsis* en la Antigüedad se negaron a dar su acuerdo a declaraciones no evidentes; se opusieron a suposiciones y afirmaciones dogmáticas; e indagaron desinteresadamente para poner a prueba las convicciones ajenas y forjar nuevas ideas que luego también podrían convertirse en objeto de escrutinio. Figuras como Sócrates, Platón, varios de los sucesores de Platón en la Academia, Pirrón de Elis, los discípulos de Pirrón y los médicos empiristas de Alejandría teorizaron, practicaron, y promovieron la *sképsis*. Unamuno cultiva un espíritu crítico análogo al de ellos en numerosos ensayos periodísticos publicados entre 1898 y 1936¹. El siguiente pasaje de “Mejor intereses que ‘ideas’” (1900) ejemplifica la estima que Unamuno tenía por el escepticismo griego antiguo:

Ahora anda por ahí una secta que proclama un nuevo ideal, y es como todas, ferozmente ideocrática. Sus adeptos poseen unas cuantas ideas, pocas y pobres, escuetas, esquinosas, enormemente simples, sin matiz alguno, y se aferran a ellas y no hay modo de que vean la realidad, la realidad rica en antinomias y antítesis, proteica, multiforme, indefinida, de infinita complejidad. Son incapaces de ascender al noble, profundo,

¹ Al menos treinta y nueve ensayos, la mayoría recopilados en las *Obras completas* (edición de García Blanco 1968-1971), discuten la *sképsis*, la describen sin nombrarla, o se refieren a un concepto análogo como el libre examen. Dentro de esta agrupación se encuentran reflexiones sobre el dogmatismo también. De modo parecido, otros cuarenta y tres ensayos se enfocan en el dogmatismo sin mencionar el escepticismo. Siendo la *sképsis* y el dogmatismo dos temas recurrentes en las meditaciones filosóficas de Unamuno, es razonable incluir a Unamuno en un elenco de pensadores modernos quienes se esforzaron por forjar un lugar para el escepticismo griego antiguo en el pensamiento moderno, siendo entre ellos personas como Michel de Montaigne, David Hume, y Friedrich Nietzsche.

vigoroso y fecundante *escepticismo*, tomando este vocablo en su acepción primitiva. (*Escéptico* es el que inquiere e investiga, consciente de que por cada problema que se resuelve surgen tres o cuatro nuevos; consciente de la relatividad de todo conocimiento, de que todo error es subjetivo) (Unamuno 1900: sin paginación).

Además de alabar el escepticismo griego antiguo en este pasaje, Unamuno expresa su profunda decepción por la tendencia que ha visto entre sus contemporáneos de adherirse dogmáticamente a ideologías sencillas y convenientes. Si bien los escépticos antiguos aspiraban a sembrar duda en quienes promovían posiciones argumentativas prescriptivas y dogmáticas, Unamuno aspira a fomentar una actitud abierta, exploradora, y crítica en sus contemporáneos.

Es en “Mi religión” donde Unamuno expone explícitamente su campaña contra el dogmatismo y a favor de la *sképsis*. Desde el principio, afirma que sus contemporáneos tienen una natural aversión al escepticismo, y por ende se arraigan a los mismos dogmas de siempre. Escribe:

Tanto los individuos como los pueblos de espíritu perezoso ... propenden al dogmatismo, sépanlo o no lo sepan, quieranlo o no, proponiéndose o sin proponérselo. La pereza espiritual huye de la posición crítica o escéptica. Escéptica digo, pero tomando la voz escepticismo en su sentido etimológico y filosófico, porque escéptico no quiere decir el que duda, sino el que investiga o rebusca, por oposición al que afirma y cree haber hallado (Unamuno 1968: 259).

Este pasaje está imbuido del espíritu de los escépticos antiguos por la manera en que deslustra el dogmatismo, descarta la duda (el atributo más destacado del escepticismo moderno), y exalta la indagación. Como resultado, se establece el lugar privilegiado que ocupa el escepticismo griego antiguo en la filosofía crítica de su autor. Si tenemos presente que los escépticos antiguos usaban la *sképsis* como un arma de combate en contra del dogmatismo ajeno, no es difícil reconocer que Unamuno tiene un objetivo diferente: no aspira a rebajar a los dogmáticos haciéndoles dudar de sus convicciones, sino a inspirarles a librarse de ellas a fin de emprender su propio viaje de libre examen y descubrimiento. Ambiciona, en fin, a interrumpir el sueño dogmático ajeno².

Habiendo establecido el valor que el escepticismo griego antiguo tiene para él, Unamuno afirma que su misión en la vida es despertar a sus coterráneos de su complacencia e infundirles con una inquietud que los impulse a buscar respuestas a los misterios más grandes de la vida. Escribe:

² Kant emplea el término *sueño dogmático* en la *Crítica de la razón pura* para describir su propio estado de ser antes de descubrir la obra de David Hume. Es decir, le atribuye a Hume su despertar crítico. El papel que Unamuno acierta a jugar con sus conciudadanos es análogo al de Hume con Kant.

Y lo más de mi labor ha sido siempre inquietar a mis prójimos, removerles el poso del corazón, angustiarlos, si puedo. [...] Que busquen ellos, como yo busco; que luchen, como lucho yo, y entre todos algún pelo de secreto arrancaremos a Dios, y, por lo menos, esa lucha nos hará más hombres, hombres de más espíritu. Para esta obra —obra religiosa— me ha sido menester, en pueblos como estos pueblos de lengua castellana, carcomidos de pereza y de superficialidad de espíritu, adormecidos en la rutina del dogmatismo católico o del dogmatismo librepensador o cientificista, me ha sido preciso aparecer unas veces impúdico e indecoroso, otras duro y agresivo, no pocas enrevesado y paradójico. [...] Es obra de misericordia suprema despertar al dormido y sacudir al parado, y es obra de suprema piedad religiosa buscar la verdad en todo y descubrir dondequiera el dolo, la necedad y la ineptia (Unamuno 1968: 261-62).

El deseo de Unamuno de fomentar en sus coterráneos un compromiso para con la lucha por la verdad por medio de la indagación concuerda con algunos de los objetivos de la Academia de Platón. Si bien los académicos estaban motivados por el deseo de saber, y vieron en la indagación una forma de aproximarse a la verdad, aceptaron desde un principio que la verdad era relativa y rechazaron la posibilidad de poseer conocimientos definitivos. Por lo tanto, sus conclusiones se enmarcaron siempre como provisionales.

El tratado antiguo más detallado sobre el escepticismo académico fue escrito por Cicerón (106-43 a. C.), quien lo caracterizaba como una búsqueda continua de la verdad a pesar de reconocer que la verdad definitiva siempre era inalcanzable. Esta misma idea aparece en “Mi religión” cuando Unamuno escribe que “[M]i religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarlas mientras viva” (Unamuno 1968: 260). Unamuno desea despertar en sus compañeros el mismo fervor por indagar y el mismo anhelo de descubrimiento que él tiene.³ La verdad como algo sustancialmente elusivo sirve como premisa central del ensayo, pero con una expansión que supera los parámetros epistémicos de los ancianos. Al afirmar que “entre todos algún pelo de secreto arrancaremos a Dios,” Unamuno expresa su deseo de descubrir verdades metafísicas—los griegos antiguos, en contraste, se limitaban a perseguir verdades epistemológicas. Por tanto, el deseo de Unamuno de encontrar colaboradores viene motivado por un anhelo de desentrañar los misterios religiosos más enigmáticos, así como dará a conocer años más tarde en *Del sentimiento trágico de la vida* (1913).

³ En 1900, este mismo tema y otros parecidos cobrarían protagonismo en el discurso leído por Unamuno en la ceremonia de la apertura del curso en la Universidad de Salamanca (“Discurso leído en la apertura del curso académico 1900-1901”), en el cual Unamuno asevera: “La rebusca de la verdad con estricta sujeción a los hechos y sin tesis previa es la mejor escuela de humildad, de modestia y de tolerancia; el aprenderse estampadas afirmaciones redondas y escuetas, fórmulas y apotegmas definidos *ex cathedra* lo es de soberbia intolerante” (1971: 66). Varios fragmentos del discurso fueron publicados en periódicos locales y nacionales, incluyendo *El Heraldo de Madrid*, y dos semanas después Unamuno fue nombrado rector de la Universidad de Salamanca por el nuevamente creado Ministerio de Educación Pública. Para más sobre este episodio, véase Rabaté y Rabaté (2009: 151-156).

Tras reconocer la imposibilidad de descubrir la verdad, Unamuno procede a afirmar que su religión “es luchar incesante e incansablemente con el misterio; ... luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche, como dicen que con Él luchó Jacob” (Unamuno 1968: 260). La imaginería bíblica de esta declaración confirma que la verdad que busca Unamuno es de una variedad metafísica más que epistemológica. Habiendo vuelto el foco de la meditación hacia la búsqueda de la verdad metafísica, continúa diciendo, “no puedo quietarme con decir: ni sé ni puedo saber. No sé, cierto es; tal vez no pueda saber nunca, pero ‘quiero’ saber. Lo quiero, y basta” (Unamuno 1968: 261), así expresando una marcada consternación ante la premisa común de los antiguos seguidores de Pirrón de Elis (360-270 a.C.), quienes profesaban que el no saber producía tranquilidad (ataraxia). La posición tomada por Unamuno al respecto se alinea con la de Blaise Pascal (1623-1662) quien, tres siglos antes, había rechazado la premisa de los pirrónicos cuando aseveró que el no saber en cuestiones religiosas no podía sino engendrar inquietud y angustia⁴. Unamuno exhibe los mismos desasosiegos predicados por Pascal, aceptándolos como consecuencia de una indagación continua e inconclusa que no obstante le da consuelo. Como un soldado de guerra, tiene una misión, y aunque reconoce la imposibilidad de lograr su objetivo, su compromiso para con la causa no le permite rendirse. Escribe:

Y me pasaré la vida luchando con el misterio y aun sin esperanza de penetrarlo, porque esa lucha es mi alimento y es mi consuelo. Sí, mi consuelo. Me he acostumbrado a sacar esperanza de la desesperación misma. Y yo quiero pelear mi pelea sin cuidarme de la victoria. ¿No hay ejércitos y aun pueblos que van a una derrota segura? ¿No elogiamos a los que se dejaron matar peleando antes que rendirse? Pues ésta es mi religión (Unamuno 1968: 261).

Resuena en esta cita la premisa central de la Academia (la de la verdad es inalcanzable), y Unamuno la sitúa como la piedra angular de su filosofía crítica y de su búsqueda perenne de la verdad metafísica. A medida que va exponiendo su búsqueda quijotesca de la verdad metafísica, concuerda con el argumento de Immanuel Kant en la *Crítica de la razón práctica* (1788) en tanto que, si bien es imposible probar la existencia de Dios desde una perspectiva racional, también es imposible refutarla. Explica:

Confieso sinceramente que las supuestas pruebas racionales —la ontológica, la cosmológica, la ética, etcétera— de la existencia de Dios no me demuestran nada; que cuantas razones se quieren dar de que existe un Dios me parecen razones basadas en paralogismos y peticiones de principio. En esto estoy con Kant. [...] Nadie ha logrado convencerme racionalmente de la existencia de Dios, pero tampoco de su no existencia; los razonamientos de los ateos me parecen de una superficialidad y futilidad mayores aún que los de sus contradictores. Y si creo en Dios, o, por lo menos, creo creer en Él, es, ante todo, porque quiero

⁴ Richard Popkin ofrece una explicación informativa sobre la posición de Pascal ante el escepticismo griego antiguo (2003: 180-186).

que Dios exista, y después, porque se me revela, por vía cordial, en el Evangelio y a través de Cristo y de la Historia. Es cosa de corazón. Lo cual quiere decir que no estoy convencido de ello como lo estoy de que dos y dos hacen cuatro (Unamuno 1968: 261).

La última parte de este pasaje sigue las huellas de Pascal en cuanto destaca el papel del sentimiento y la gracia divina en el proceso personal de llegar a creer en la existencia de Dios. Sin embargo, Unamuno se alinea de antemano con Kant al afirmar que tanto la existencia como la inexistencia de Dios son imposibles de probar racionalmente. Esta posición argumentativa funciona como una justificación para la búsqueda incesante de la verdad metafísica, la cual está destinada a fracasar desde un punto de vista racional, reconoce Unamuno. De todos modos, el no haber ningún argumento definitivo que refute la existencia de Dios sirve como una fuente de esperanza para un resultado positivo en su búsqueda espiritual. Es de suponer, por consiguiente, que la gracia divina y el sentimiento no son suficientes para Unamuno. Desea conocer a Dios por una vía racional.

Otros pensadores de la época moderna cuya mirada crítica está anclada en el modelo de indagación crítica practicado en la Academia de Platón, específicamente en el concepto de *sképsis*, también han centrado su indagación en la cuestión de la existencia de Dios. En la *Apología de Raimundo Sabunde*, por ejemplo, Michel de Montaigne (1533-1592) rechaza el argumento lógico de la existencia de Dios propuesto por el teólogo catalán y asevera que el hecho de que la existencia de Dios no puede probarse racionalmente demuestra solamente la debilidad de la razón. Por lo tanto, según Montaigne, es mejor suspender el juicio y adherirse a las creencias y doctrinas tradicionales, así como hacían los antiguos pirrónicos. La fe no necesita de la razón. Esta actitud constituye la premisa central del concepto de fideísmo, el cual presupone la posición adoptada por Kant en la *Crítica del juicio* (1790) y luego la de Kierkegaard en *Temor y temblor* (1843) cuando habla de la creencia como un salto de fe al absurdo. En contraste, Nietzsche va en la dirección opuesta en *La genealogía de la moral* (1887) y describe la religión como una meta-narrativa que tiene el propósito de dar a las personas la ilusión de que la existencia humana tiene un propósito. Es de notar que el escepticismo antiguo funciona como un común denominador entre Montaigne, Kant, Kierkegaard, Nietzsche y Unamuno: los cinco pensadores lo conocían e incorporaron diferentes aspectos de él en sus métodos críticos.

Unamuno hace algo en “Mi religión” que aún no he encontrado en los textos de los filósofos modernos que he leído. Utiliza la premisa central del escepticismo académico —es decir la utilidad de buscar la verdad a pesar de saber que es inalcanzable— para justificar y validar su búsqueda agónica y fútil de la existencia de Dios y el más allá. Representa, en efecto,

un uso posiblemente sin precedente de la tradición académica. El más probable precedente, si existe alguno, se encontrará en las obras de los teólogos protestantes que Unamuno leía, las cuales promovieron el libre examen en el ámbito de la doctrina religiosa. Haya o no haya precedente, el acto de cultivar un interés en el escepticismo antiguo en concordancia con sus propias inclinaciones filosóficas sitúa a Unamuno en un continuo con varios pensadores modernos que también cultivaron un interés particular en el escepticismo antiguo y lo hicieron un fundamento de sus métodos críticos. Esto de por sí invita a un análisis más extenso de las semejanzas entre el pensamiento filosófico de Unamuno y el de sus ilustres antecedentes en el terreno de la religión y la metafísica. La posición filosófica tomada por Unamuno en “Mi religión” —dicho sea de paso— ocupa un espacio filosófico entre el fideísmo de Montaigne, Kant, y Kierkegaard y el ateísmo nihilista de Nietzsche⁵.

“Mi religión” constituye una declaración culminante sobre el escepticismo griego por su autor después de haber escrito sobre el tema durante varios años y en un momento en el cual reflexionaba sobre la doctrina religiosa católica mientras escribía *Del sentimiento trágico de la vida*. En lugar de profesar un credo basado en el cristianismo, Unamuno afirma el libre examen como su religión. Lo que espero haber mostrado en este breve artículo es la forma en que Unamuno reivindica la búsqueda de la verdad epistemológica de los antiguos escépticos académicos en consonancia con su propósito de indagar sobre cuestiones relacionadas a la doctrina católica y la metafísica, lo cual, sostengo, presenta un uso novedoso de la antigua tradición escéptica en la época moderna.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CICERÓN (2000): *De Natura Deorum*. Academica. Jeffrey Henderson (ed.). Cambridge: Harvard University Press.
- KANT, Immanuel (2000): *Critique of Pure Reason*. Paul Guyer and Allen W. Wood (eds.). Cambridge: Cambridge University Press.
- (2001): *Critique of the Power of Judgment*. Paul Guyer (ed.). Cambridge: Cambridge University Press.
- KIERKEGAARD, Soren (2006): *Fear and Trembling*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MONTAIGNE, Michel de (2011): “Apología de Raimundo Sabunde”, en *Ensayos completos*. Emiliano M. Aguilera (ed.). Porrúa: Ciudad de México, pp. 363-525.

⁵ Existe una gran cantidad de estudios sobre la asimilación del escepticismo griego antiguo en la filosofía occidental moderna. Un libro reciente que contiene excelentes capítulos sobre Montaigne, Hume, Kant, y Nietzsche es *Skepticism from Antiquity to the Present* (2019).

- NIETZSCHE, Friedrich (2002): *On the Genealogy of Morality*. Keith Ansell-Pearson (ed.). Cambridge: Cambridge University Press.
- RABATÉ, Colette y Jean-Claude RABATÉ (2009): *Miguel de Unamuno (1864-1936): convencer hasta la Muerte*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- PASCAL, Blaise (1909): *Thoughts*. Charles W. Eliot (ed.). New York: P. F. Collier.
- POPKIN, Richard (2003): *The History of Scepticism from Savonarola to Bayle*. New York: Oxford University Press.
- MACHUCA, Diego E. y Baron REED (2019). *Skepticism from Antiquity to the Present*. New York: Bloomsbury Academic.
- UNAMUNO, Miguel de (1900): “Mejor intereses que ‘ideas’”, en *El correo*, Valencia, 8 julio. Sin paginación. Casa-Museo Unamuno, Salamanca.
- (1968): “Mi religión”, en *Obras completas* (tomo 3). Manuel García Blanco (ed.). Madrid: Escelicer, pp. 259-263.
- (1971): “Discurso leído en la apertura del curso académico 1900-1901”, en *Obras completas* (tomo 9). Manuel García Blanco (ed.). Madrid: Escelicer, pp. 60-67.
- (1997): *Del sentimiento trágico de la vida*. Pedro Cerezo-Galán (ed). Madrid: Espasa-Calpe.